



LA INTIMIDAD



Rosa Moncayo Cazorla

Nacida en Palma de Mallorca en 1993, publicó su primera novela con tan solo veintitrés años. *Dog café*, que así se titulaba, publicada por Expediciones Polares en 2017, recibió excelentes opiniones de crítica y público que auparon a la escritora como una de las más firmes promesas de su generación en el nuevo *boom* de la literatura por medios como *El País* o *Playground Magazine*.

Antes de eso, Rosa Moncayo había estudiado Administración de Empresas en la Universidad Carlos III y le concedieron una beca para estudiar en Corea del Sur.

«Rosa Moncayo cuenta el dolor sin utilizarlo como mercancía: vivir, desear, perder, narrados con un lenguaje sostenido en el filo del ardor más frío, de la frialdad más valerosa y transparente». —Belén Gopegui.



**También
ha
hecho
posible
este
libro**

María Medem

María empezó a autoeditar sus cómics tras estudiar Bellas Artes. Publicó su primer cómic largo con Terry Bleu en 2018. Ha participado en antologías como *NOW* (Fantagraphics), *Cold Cube* (Cold Cube Press) y *Clubhouse* (Colorama), y también ha colaborado en distintos fanzines. Publicó en 2018 *Cenit* con Apa Apa, con el que ganó el premio de Autora Revelación del 37 Cómico Barcelona y el Premio ACDCómico de la Crítica a Mejor Autora Emergente. También ha publicado *Échos* con la editorial francesa Fidèle Editions. Ha realizado ilustraciones para medios como el *New Yorker* y el *New York Times*.

Título original: *La intimidad*

Primera edición: febrero de 2020



G CONSELLERIA
O PRESIDÈNCIA,
I CULTURA I
B IGUALTAT
/



institut d'estudis
baleàrics

© del texto: Rosa Moncayo

© de la ilustración de cubierta: María Medem

© de la fotografía de la biografía: Laura Carrascosa Vela | www.lauracvela.com

© de la edición: Editorial Barrett | www.editorialbarrett.org

Comunicación y prensa: Belén García | comunicacion@editorialbarrett.org

Impresión: *Estugraf*

ISBN: 978-84-121353-1-2

Depósito legal: SE 2433-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres prohibirte hacer unas cuantas fotocopias.



LA INTIMIDAD

ROSA MONCAYO CAZORLA



BARRETT

Te quiero porque eres el polo opuesto al *kitsch*.
En el reino del *kitsch* serías un monstruo.
No hay ninguna película rusa o americana en la que
pudieras existir más que como ejemplo de maldad.

La insoportable levedad del ser

Milan Kundera

Para mi padre.

PRIMERA PARTE



En el dormitorio del piso de Madrid. ¿Hará tres años?

Otra vez la luz de por la tarde que cubre todo de naranja. La puerta del armario entornada y montones de ropa asfixiada a punto de salir a trompicones. Temporalidad. Disgustos raros. Cortinas que se agitan, otra vez, de manera loca. Una camisa de algodón aplastada detrás del sillón. Zapatos. Tiempo ancho. Montoncitos de vida muy frágiles. La felicidad era la ausencia de males.

Cuando Gaspar todavía no era malo, pero ya le había visto la peca enorme, horrorosa, llena de posible cáncer que tanto temíamos. Ocurrió de repente, una protuberancia justo a la altura del romboide mayor derecho. Negrura en esa zona de su piel y motas de color violeta, algo difuminadas, a su alrededor. Le hicimos más fotos de las que debimos. Cada día una foto y un análisis distinto. Necesitamos rodearnos de imágenes. La preocupación de Gaspar iba en aumento. Quiero ser clara desde el principio. No fue nada grave y nos dieron la enhorabuena. Era una mancha convexa, alargada, parecía derretirse justo al final. Nada. Un lunar raro, ya está. La primera vez que lo vi, justo después de hacer el amor por la mañana, intenté explotarlo para que saliera el pus que parecía contener, pero —qué fraude— allí dentro no había nada. Era

un abultamiento duro, sin apertura, poro o pelo enquistado con el que tropezar. «Hay que ir al médico ya mismo. Tiene pinta de ser algo grave. Hay gente que se muere por no mirarse estas cosas con tiempo, por diagnóstico tardío. Este tipo de lunares son la muerte». Esas frases —que esas frases salieran de Gaspar— me sonaron tan falsas, impostadas. Claro, pues vamos al médico. Un melanoma, seguramente. ¡Qué va! No, no. No era nada, era una peca sin más, un lunar un poco inconcluso. Un lunar feísimo. Por aquella época, Gaspar estaba sobrellenado de su mundo interior. Lo recuerdo con la espalda más dura que nunca, casi a propósito, los músculos contraídos. Más melanoma. Parecía que le encantaba esa palabra. Evidentemente, durante los días de espera entre prueba y diagnóstico, vino otra serie de palabras que también parecía adorar. Biopsia excisional, exéresis o estadificación. Palabras técnicas que encontraba en internet y lo volvían loco.

De nuevo en el dormitorio. La luz naranja, el armario lleno de ropa sin doblar. Zapatos y la anchura del tiempo. Temporalidad vacía. Intuíamos que no era nada, pero ahí estaba Gaspar, tendido en la cama, cubierto por una manta de luz naranja que hacía de su piel un terreno sano. Él, en cambio, lleno de asco. Todo le molestaba. Era domingo y, a partir del martes, podían llamarle para darle los resultados. Huracán de antipatía. Maligno o benigno. Aquel día, el de la luz tan naranja, me quedé tumbada a su lado. «Gaspar, te quiero», «descansa, duérmete», «relájate un poco». Órdenes fáciles, palabras de comodín. Qué ocupación más absurda yacer aquí, a su lado, sabiendo que va a verter todo su odio —inexplicable— contra mí, pensaba. Al mismo tiempo, me acuerdo de que me repetía a mí misma: «Quiero una vida

antediluviana, sí, antediluviana, básica, cocinar, dormir, trabajar y, si enfermas, te mueres, no queda otra». Se me metió la palabra antediluviana en la cabeza. Después de un rato tumbados el uno junto al otro y escuchando todo tipo de música, Gaspar se apoyó con todo su peso sobre mi brazo. Sé que lo hizo aposta. «Toma un poco de dolor para ti, que te jodan», pensaría. Me quejé y se deslizó hacia el otro lado. Puso la mano tratando de taponar su oreja izquierda y se quedó apoyado sobre ella. Mirada torcida. De repente, brilló una flecha de luz y le vi esos pelitos de la oreja, blancos y cortos como pelusilla, que tanto me gustan.

«Va a ser maligno porque he visto cómo el contorno se eleva. No me mires así. Mira las fotos, ahí lo tienes, tú también lo has visto. Cada vez se hace más grueso». Se quedó callado y se pasó la mano por el pelo. Gomoso tupé. «Joder. No he hecho nada relevante como para ponerme así y que pueda ser el final. ¿Tú te crees que a mí el sol me ha dado precisamente en la espalda? No es justo. No tengo nada, no he hecho nada. El trabajo... No estoy contento con lo que he hecho hasta ahora. La satisfacción vital. Las metas que nos tenemos que marcar. Nada de eso. La familia. Tú sabes que mi familia está rota. Los amigos. ¿Quién es mi mejor amigo?». Gaspar iba enumerando todos sus fallos con los dedos de la mano derecha. Me limité a aguantarle la mirada y asentir. «Yo no tengo mejor amigo al que contarle lo que me pasa, contárselo todo, todo. Estoy solo. Bueno, qué decir, estoy rodeado de mierda. Estoy jodido». Pausó unos segundos y se llevó un tríptico de dedos al entrecejo —el índice, el medio y el pulgar— para pellizcarse la piel sobrante. Parecía meditar con aires de verse rodeado de una pocilga sin solución.

«No soy feliz. Después de todo soy un cocas. Un cocas de mierda que se gasta lo que gana en pollos y más pollos, cada semana lo mismo, y encima me da por invitar a cualquiera. Soy gili. Luego, el amor. Sí, una relación larga y contigo, hay confianza y es bonito. Estamos bien, estamos bien. Pero, ¿cómo saberlo? Después de haber estado con otras chicas, ¿cómo se sabe eso? No te quedes tan seria, seguro que a ti también te pasa. No sé, cualquier amor de adolescencia me vale, no creo que exista eso del único amor. No lo hay. Yo no soy feliz y me hago mayor. Bueno, el punto importante aquí es que no he hecho nada relevante. No hay nada que me importe de verdad. Joder, tengo un mal presentimiento».

La luz siguió naranja, pero se movió de sitio unos centímetros. Llegó hasta el sillón. Me recosté en el cabecero, algo jorobada, y lo miré de reojo. El pelo me caía sobre la cara, el ceño —ojalá hubiera sido lo más fruncido posible, no sé si fue así— arremangado como pude y las manos apretadas. Me di cuenta de cierta carencia —trabajada con los años— en dar respuestas sólidas. Pensarlo todo, insultos y fangos, ponerle palabritas a cualquier cúmulo de emociones que se pudiera aplicar a cómo me sentía. Y, sorpresa, no ser capaz de decir nada. Ni decirlo ni mucho menos taponarlo. Nada.

Me fui a la cocina y me senté en el taburete de polipiel. Se me quedó la piel del muslo atrapada entre la nalga y ese material tan antideslizante y plástico. Me dolió muy rápido y pensé que me moría.



Felicidad

No me costó decidirme. Se lo dije a toda mi clase antes que a mis padres. Era una especie de testeo fácil que ejecuté sin rodeos. Humanidades, sí, y en la Universidad Carlos III. Todos sorprendidos, pero bastante interesados. Cursar la rama de bachillerato social y acabar estudiando Humanidades es algo inhóspito. ¡Incluso los profesores me decían que era una buena opción! Tuve que tropezar con la cara de horror de mi madre. Los profesores de francés necesitan que sus hijos sean dentistas o fisioterapeutas, si me apuras que estudien Empresariales, pero no Humanidades. Yo iba encendida, con los ojos brillantes, sanos y abiertos, defendiendo a toda costa que mi interés por la estética y el análisis del discurso eran reales. Ojos de adolescencia. Incluso lloré. Cómo puedes criticar lo que voy a estudiar si la mitad de mi clase no va a ir a la universidad. Papá, callado como siempre, de vez en cuando asentía. Mamá tranquilizándose. «Bueno, vale, tienes razón». Sé que luego cuchicheaban a mis espaldas. Comité de decisión. Ellos sabían qué era lo acertado y qué lo equivocado. En ese punto, podría haber empezado a comportarme mal —malos gestos o respuestas intolerables—, torcerme. Siempre me porté bien. Lo malo, en mi caso, vino tiempo después.

Para que yo disponga de la panorámica adecuada para contar esto sin tapujos y que se me entienda bien, diré que, una vez, en una clase de inglés, tuvimos que explicar, uno por uno, de qué trataba nuestra serie favorita.

«My favorite tv series is called Felicity». Mis compañeras de clase soltaron grititos para dar a entender que estaban de acuerdo. «The name of the main character is Felicity, a girl who is about to graduate in high school and gives a very important change to her life by deciding to go to study at the University of New York because her crush will also go to that university and she wants to follow him. Anyway, she realizes that it is an excuse and that she really wants to change her life and get away from her parents. Then, she meets many interesting people so it is a very entertaining series that I recommend to everybody».

La profesora me sonrió. *«Very good. Tell me, what does Felicity study? Humanities, right?».*

«No way! Medicine!», le dije.

Al llegar a casa busqué de qué iba lo de Humanidades y entonces decidí que, si por mi descripción Felicity tenía pinta de estudiar Humanidades, yo también.



Calvino calificó de «peste» el amor hacia uno mismo

Lo cierto es que en el fondo soy mala. No me gusta —detesto— *El jardín de las delicias* de El Bosco, lo siento, lo siento; cada trazo minucioso para dárselas de más y que el cuadro prevalezca, que todo sea superlativo, y bombazo al detalle. «Tengo que superar a Van Eyck, ¡tengo que hacerlo como sea!», debió pensar. Tríptico abierto, tríptico cerrado. Todo está pensado. Desnudos y más desnudos, la piel siempre cautiva al espectador, placeres sexuales, ¡incluso pintó las frutas que a todos nos gustan! Demasiado fácil. La fresa, la uva, la cereza y la frambuesa. Todas las jugosas, las más dulces. Rosadas, rojas, eróticas. Solo veo críticas y más críticas, ácidas y absurdas, la música como elemento delator de pecadores; un tórax abierto aquí, ostras y conchas por allá. Buena paleta cromática: verdes y azules a tutiplén. A Gaspar le fascina, a los turistas japoneses también.

Me gustan Claude Monet y su *Puente de Charing Cross*. Nada y tres líneas de un azul ingrávido, un puente y cierto galvanismo fugaz de colorines urgentes, pero pálidos; una barquita y un señor, brillos satinados hechos de pincel y agua. Me gustan El Lissitzky y Joan Mitchell; trazos de lo que no existe, representarlo. Necesito verlo, verlo, verlo;

necesito un mundo nuevo. Me gusta el *color field*, el toque, el toque del pincel es lo que cuenta, el color, *anthropometries of the blue period*, sí, y las manchas de Clyfford Still.